

CHRIS HIGGINS



**MI loca
FAMILIA
CAMBIA
DE CASA**

**Ilustrado por
Lee Wildish**



Chris Higgins

Ilustrado por **Lee Wildish**

edebé

Título original: *My funny family moves house*
Text copyright© Chris Higgins, 2016
Illustrations© Lea Wildish, 2016

First published in Great Britain in 2014
by Hodder Children's Books

© Ed. Cast.: Edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

© Traducción: Teresa Blanch

Primera edición: febrero 2016

ISBN 978-84-683-2482-1
Depósito Legal: B. 1592-2016
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para el bebé Louis.
¡Otra feliz llegada a *mi* loca
familia que no para de crecer!
Gracias a Lauren.



Capítulo 1

Mi mamá es la persona más afortunada de este mundo.

Eso dijo el día de su cumpleaños la semana pasada. Su especial treinta cumpleaños. La nombramos Reina por un día y le organizamos un Espectáculo Real de Variedades en el *hall* de la iglesia. Todo el mundo asistió.

Había más de 200 personas entre el público, la mayoría de nuestro colegio. Incluso vinieron la señora Dunnet (nuestra jefa de estudios), la señora Vozarrón (mi profesora),

la señora Pocock (la profesora de V) y el señor McGibbon (el profesor de Stanley) con su esposa e hijos. Toda nuestra familia actuó excepto mamá, papá y el bebé Will.

Fue divertido.

—¡No imaginaba que mi familia tuviera tanto talento! —dijo mamá.

¡Tiene razón, tenemos talento! Pero eso es otra historia.

Ahora que ha acabado el Espectáculo Real de Variedades, todo resulta un poco soso y aburrido. Y abarrotado.

Siempre hay mucha gente en casa porque somos nueve de familia: mamá, papá, mi hermano mayor Dontie, yo, mi hermana V, mi hermano pequeño Stanley, mi hermana pequeña Anika, mi hermano bebé Will, y el perro Jellico. Nuestras edades oscilan entre los treinta y dos años y los seis meses.

Yo me llamo Mattie y tengo nueve años.

Desde que llegó Will el día de Navidad, nuestra casa está llena hasta los topes. Will ocupa un montón de espacio para ser solo un bebé.

En realidad no es él, sino sus cosas. No podemos ver la tele porque su cochecito la tapa. Y Anika, V y yo estamos como sardinas enlatadas en una habitación, mamá, papá y Will como tomates aplastados en otra, y Dontie y Stanley estrujados como un tubo de pasta de dientes en una cama en una diminuta tercera habitación.

—Esta casa impide mi crecimiento —dice V.

—Esta casa atrofia mi desarrollo intelectual —dice Dontie, porque quiere un ordenador propio en su cuarto.

—No —replica mamá—. De todas maneras, no hay donde ponerlo.

—Aquí no puede volar ni una mosca —se queja la abuela a menudo.

—Hay poco espacio —dice mamá.

—Dejad de quejaros, todos vosotros —dice tío Vez—. Cuando era joven dormíamos diez en una cama y no nos pasó nada malo —aunque creo que es una mentirijilla.

Tío Vez es el padre adoptivo de mamá. Es muy mayor y parece un enano de jardín.

Los abuelos son los padres de papá y son casi tan mayores como tío Vez.

Los tres pasan mucho tiempo en nuestra casa. Hoy solo falta papá y no se encuentra muy lejos. Está en el cobertizo, pintando un cuadro.

Es sábado por la tarde y la abuela ha venido a ayudar, pero de alguna manera consigue empeorar las cosas. Ha sacado la tabla de planchar y se enfrenta a un revoltijo



de uniformes escolares con una plancha embravecida que escupe agua. Anika y Jellico pasan como un relámpago, se enredan con el cable y lo desenchufan. La plancha cae y mamá la atrapa al vuelo antes de que golpee a Stanley, que está leyendo en el suelo.

—¡Ay! ¡Quema! —exclama y suelta la plancha.

La pila de ropa acabada de planchar cae al suelo.

Mamá no puede más.

—Sé que la abuela lo hace con buena intención —farfulla entre dientes, mientras mantiene la mano bajo el grifo del agua fría. Su voz suena como la sibilante plancha—. Pero siempre mete demasiado las narices. ¿No tiene casa?

Me he dado cuenta de que mamá se muestra un poco malhumorada cuando estamos todos juntos y apretados. Y nuestro hogar es ideal para explotar en este momento, porque estamos en invierno, hace mal tiempo y no podemos salir fuera a jugar.

No es culpa de la abuela. Nos pasa a todos. Tropezamos los unos con los otros, nos caemos encima de Jellico, nos sentamos encima del bebé y rompemos algo cada vez que nos damos la vuelta.

En la cocina hace calor y está llena de

vapor, a causa de la ropa colgada a secar. La otra noche bajé a la cocina a beber agua y di un chillido que despertó a toda la casa. Pijamas de bebé mojados colgaban de armarios y encimeras como si fueran espantosos bebés fantasma.

—¡No sé qué daría por tener una secadora!
—se queja mamá.

—Podemos conseguirte una —se ofrece la abuela, que se siente culpable por la mano de mamá.

—¡No, gracias! —replica mamá automáticamente—. Nos apañamos bien —y añade con un suspiro—: Tampoco tenemos donde colocarla.

Tiene razón. No se podría meter nada más en casa aunque quisiéramos.